



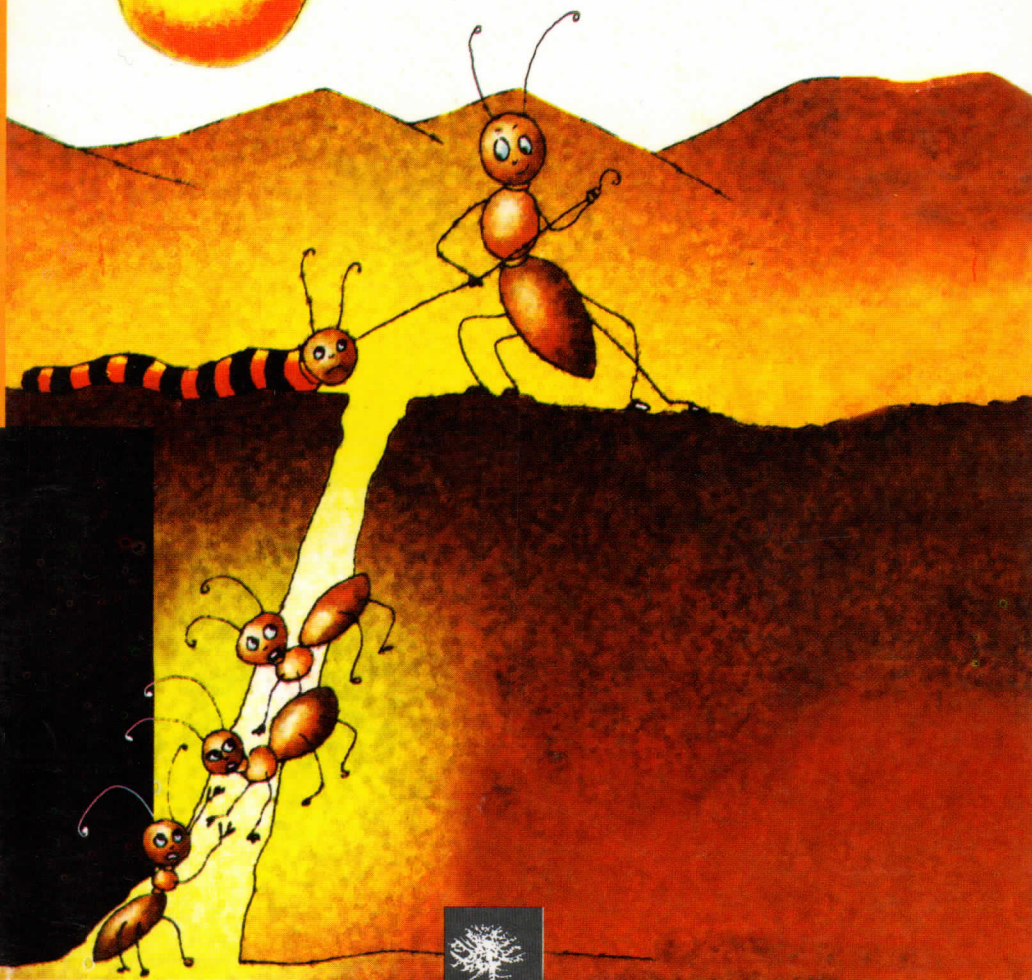
colección moby dick

Desde

6
Años

Filiberta, la hormiga gigante

Edgardo Inostroza Sáez



pehuén

Nadie sabe cómo sucedió, pero lo cierto es que un día cualquiera en la maternidad de la colonia de hormigas apareció un huevo inmenso.

Tenía el doble tamaño que los otros huevitos.

La Reina estaba muy sorprendida y las hormigas Nodrizas debieron trabajar intensamente para alinearlos junto a los de tamaño normal.

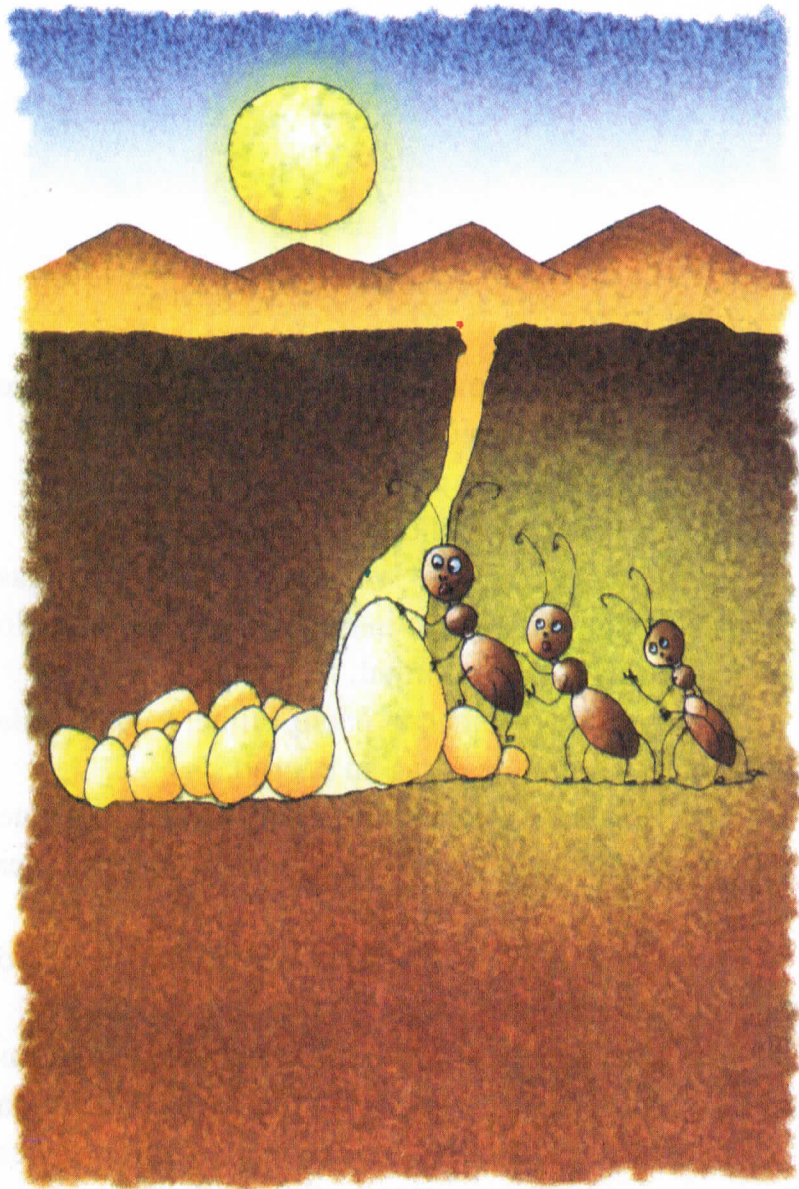
De ese huevo inmenso nació Filiberta, que tenía un apetito tan grande como su cuerpo.

Las hormigas Nodrizas tenían más trabajo que nunca. El estómago de la hormiguita parecía no tener fondo.

En el momento de abandonar la maternidad surgió el primer problema: Filiberta no cabía por la puerta.

Las hormigas Perforadoras tuvieron que ensanchar el agujero y por ahí TAM, TAM, TAM, con tanta suavidad como un elefante avanzando por frágiles





cañaverales, nuestra amiga caminó por los interminables pasadizos subterráneos. Todo se movía a su alrededor. Sin quererlo provocaba daños en el hormiguero.

Con el paso de los días la Reina, preocupada por la situación, llamó a las hormigas más ancianas.

— ¡Debemos buscar una ocupación a Filiberta! — comentó.

— ¡Pero, Majestad — dijo la más anciana — ya hemos probado todas las labores! ¡Filiberta es demasiado torpe!

— ¡Es cierto! — afirmó otra hormiga—. ¡Le contaré, Majestad!

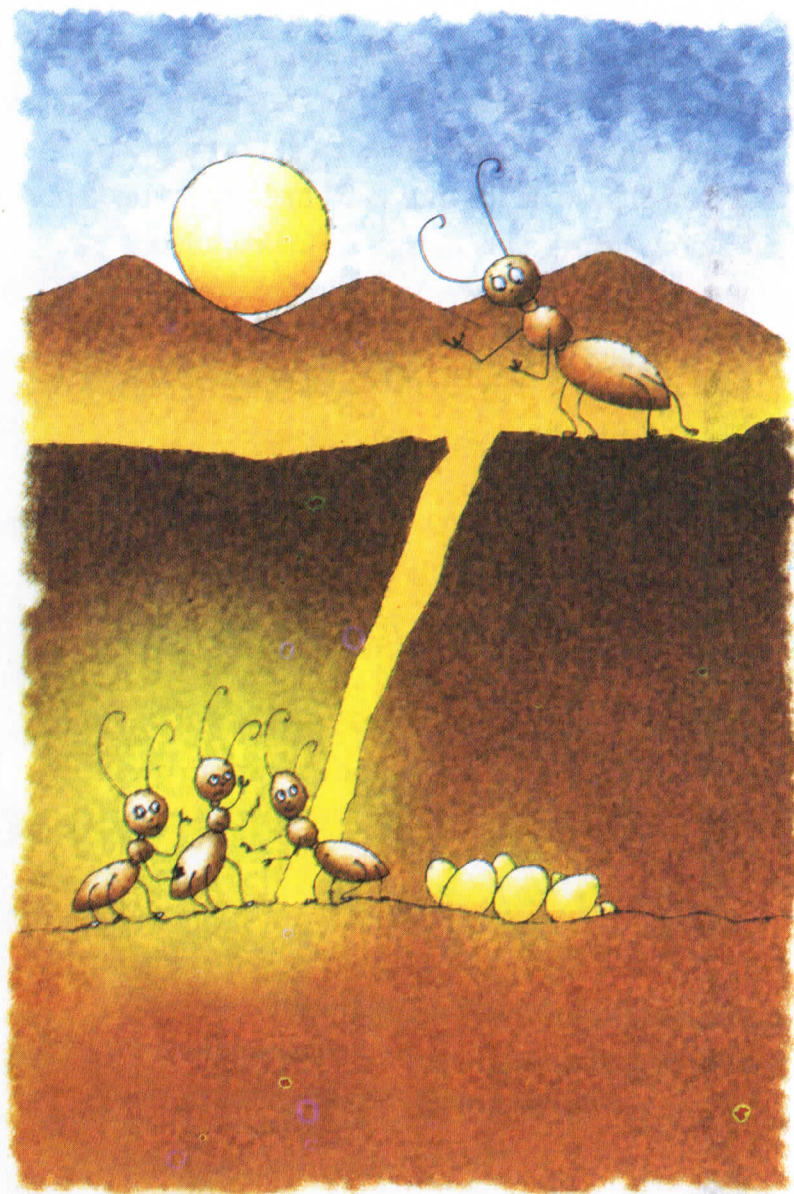
“El otro día dije a Filiberta que ordenara las bodegas. Con gran voluntad y entusiasmo comenzó su tarea, pero por cada grano que ponía en su sitio dos o tres derramaba. Al final la bodega era un desastre”

— ¡Yo quiero agregar algo! — manifestó otra Consejera.

“Conversé con Filiberta y le pedí que abriera nuevos túneles. Trabajó como nadie, con rapidez y tesón, pero los túneles resultaron tan grandes que tuve que pedirle que volviera a taparlos. El viento y el frío se colaban por ellos, con gran peligro para la colonia”.

— ¡Yo no me atrevo a dejarla en la maternidad! — manifestó la hormiga encargada de los bebés.





— ¡Podría hacerle daño a los huevitos o a los recién nacidos!

La Reina estaba muy pensativa.

— ¡Será recolectora! — sostuvo al fin.

— ¡Ahí servirá!

La vida no era fácil para Filiberta. Muchas veces, al caer la tarde, gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Ella estaba consciente de su torpeza, pero nada podía hacer para remediarlo.

Cada vez que ordenaba una cosa desordenaba dos.

Si avanzaba por los túneles derribaba los muros. Si jugaba con las otras hormigas pequeñas, un movimiento suyo y ¡CHAMP! sus amiguitas salían disparadas por el aire. ¡Se sentía sola y muy triste!

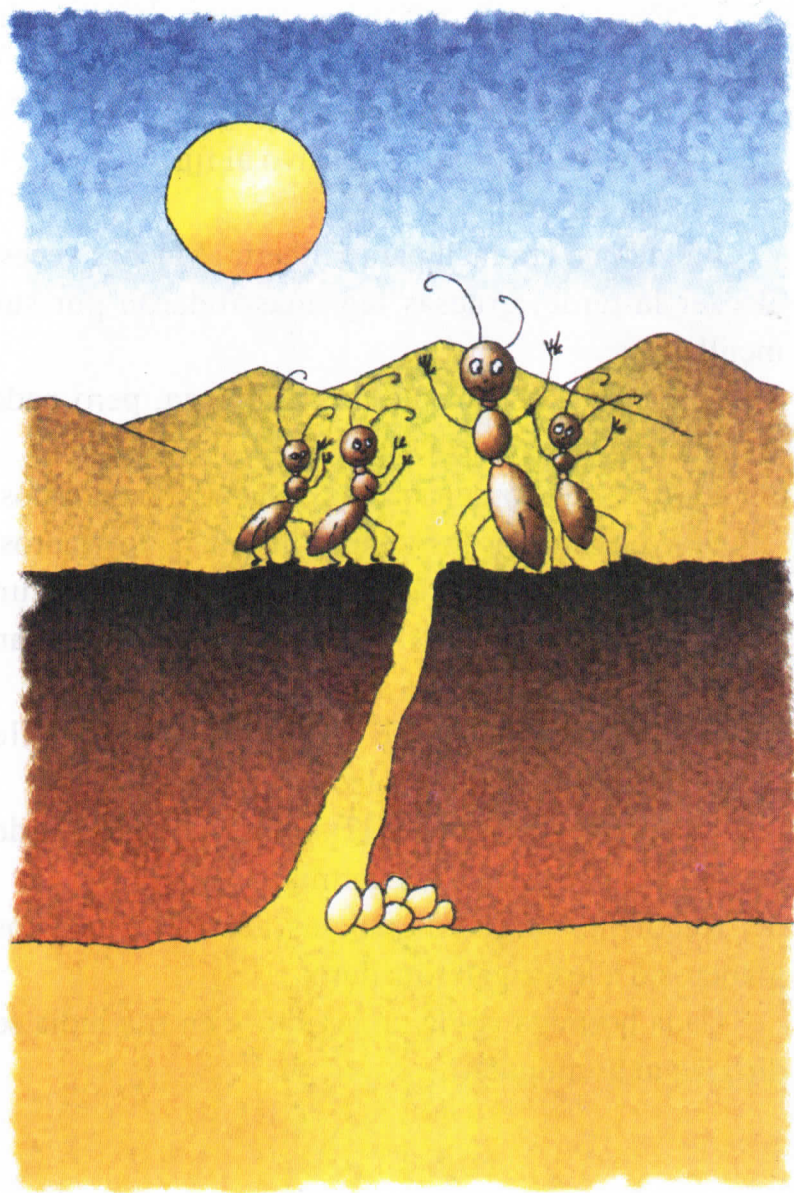
Por eso, grande fue su alegría cuando le comunicaron que sería recolectora.

Cada mañana, apenas el sol asomaba, salía de excursión junto a las otras hormigas.

Recorrían largas distancias hasta llegar a los graneros o a los trigales maduros.

Cada hormiga cogía un granito y en fila india se dirigían al hormiguero.





— ¡Vamos, vamos, con ahínco
y cuidado con los brincos!,
cantaban a coro.

Filiberta feliz y tratando de captar la simpatía de sus amigas, no se conformaba con coger un granito. Sus fuerzas le permitían llevar tres o cuatro granos al mismo tiempo.

“¡Por fin Filiberta encontró trabajo!” — pensarán Uds.

— ¡Desgraciadamente, NO! — debo aclararles.

Nuestra amiguita avanzaba dichosa con su carga por los senderos. Pero siempre había alguien a quien ayudar, ya fuera una Mariposa con una alita rota o una Chinita que había caído al agua.

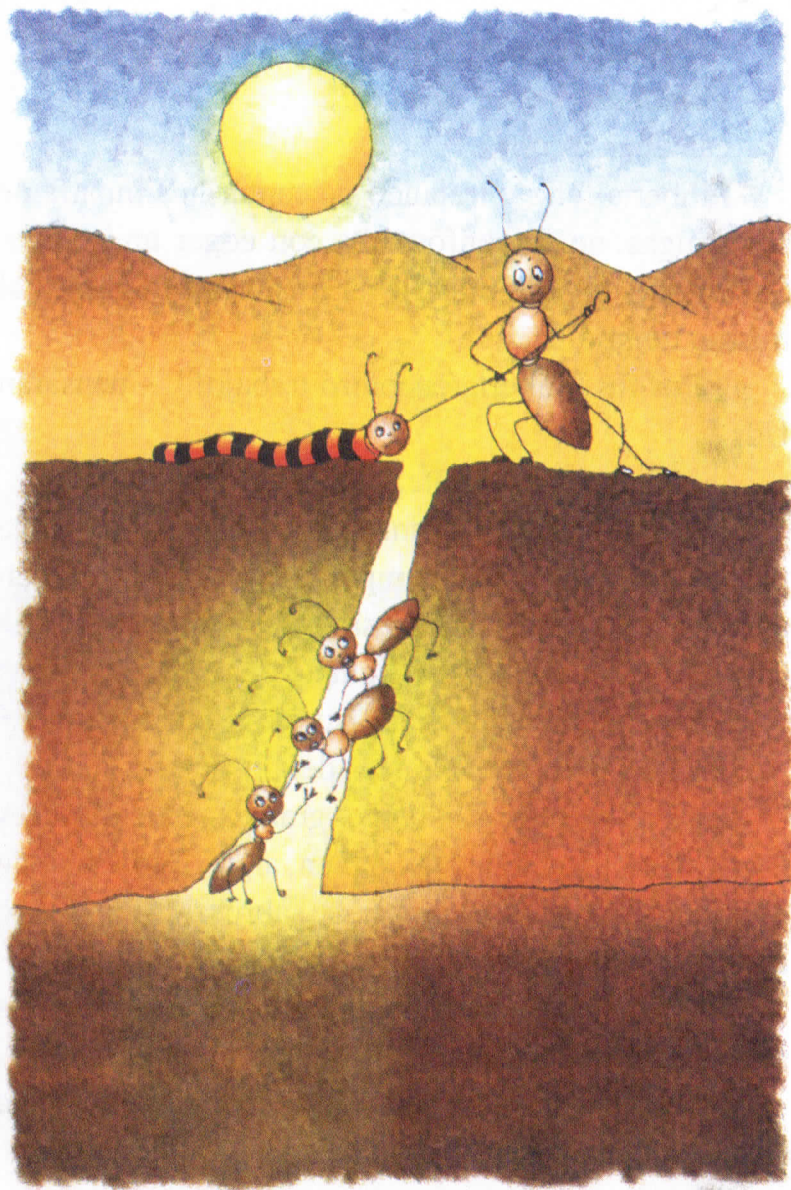
Prestamente depositaba su carga en el suelo y ayudaba a los otros habitantes del bosque.

Pero en el apuro al soltar los granitos, muchas veces éstos rodaron ladera abajo, o bien, algún ratoncillo, de esos que nunca faltan, cogía la sabrosa comida y se alejaba rápidamente.

Filiberta, casi siempre, llegaba con las manos vacías debido a su bondad.

La Reina la llamó a su presencia. Cabeza gacha debió escuchar la reprimenda.





— ¡No es posible, Filiberta! —decía la Soberana.

— ¡Nunca haces algo bien y de seguir así deberás abandonar la colonia!

El enorme cuerpo de Filiberta se remeció entero. La sola idea de permanecer aislada, lejos de sus amigas, la hacía temblar.

— ¡Tendrás una última oportunidad! —sentenció la Reina. — ¡Serás Guardiana!

Así, nuestra amiga, instalada a la entrada del hormiguero cuidaba que nadie extraño osara introducirse a la colonia, ya fuera a robar los huevitos o a saquear las despensas que con tanto esfuerzo habían llenado para el invierno.

Cierto día en que el viento sacudía fuerte las hojas de los árboles, Filiberta tuvo una gran experiencia.

Aparentando que tenía algunas patas rotas un Ciempiés enorme se acercaba.

— ¡Estoy malherido! —se lamentaba. — ¿Podrías dejarme entrar para sacar algunos granitos?

La hormiguita lo escuchaba atentamente. Su bondadoso corazón la impulsaba a dejar entrar al intruso.

— “No sólo sacaré granos de trigo. También acarrearé unos sabrosos y tiernos huevitos” —se relamía el Ciempiés.



— ¡Te dejaré entrar pero solamente sacarás dos granitos! — se conmovió Filiberta.

— ¡Gracias, eres muy atenta! — dijo el Ciempiés con dulce voz.

Y olvidándose de su fingida cojera empezó a introducir su largo cuerpo en el túnel de entrada.

Filiberta al darse cuenta del engaño abrió sus fuertes mandíbulas para, luego, cerrarlas con gran dureza en el cuerpo del intruso. Después, alzándolo por los aires, lo lanzó a gran distancia del hormiguero.

— ¡Y no te atrevas a acercarte por aquí! — gritó.

El Ciempiés, algo adolorido, se alejó a buscar su alimento a otro lugar y por su propio esfuerzo.

Las otras hormigas, al darse cuenta de la hazaña de Filiberta, de alejar a tan molesto y peligroso invasor, la rodearon y la felicitaron acariciándola con sus antenas.

Hasta la Reina, al saber la noticia, se apresuró a congratularla.

Filiberta irradiaba felicidad.

— ¡Siempre sostuve que era muy inteligente! — sostuvo una Consejera.

— ¡Desde el principio tuve confianza en ella! — sostuvo otra.

¿Qué pasó con Filiberta? — se preguntarán Uds.



Filiberta se convirtió en la más eficiente Guardiana que haya existido. Ningún intruso osaba acercarse al hormiguero y todas sus amiguitas podían trabajar y dormir felices y tranquilas.

La Reina mandó a construir una amplia sala para Filiberta. Claro que... al ladito de afuera del hormiguero.

¡Total, ser precavido siempre es bueno!

FIN



“Así, nuestra amiga, instalada a la entrada del hormiguero cuidaba que nadie extraño osara introducirse a la colonia, ya fuera a robar los huevitos o a saquear las despensas que con tanto esfuerzo habían llenado para el invierno.

Cierto día en que el viento sacudía fuerte las hojas de los árboles, Filiberta tuvo una gran experiencia”.

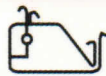
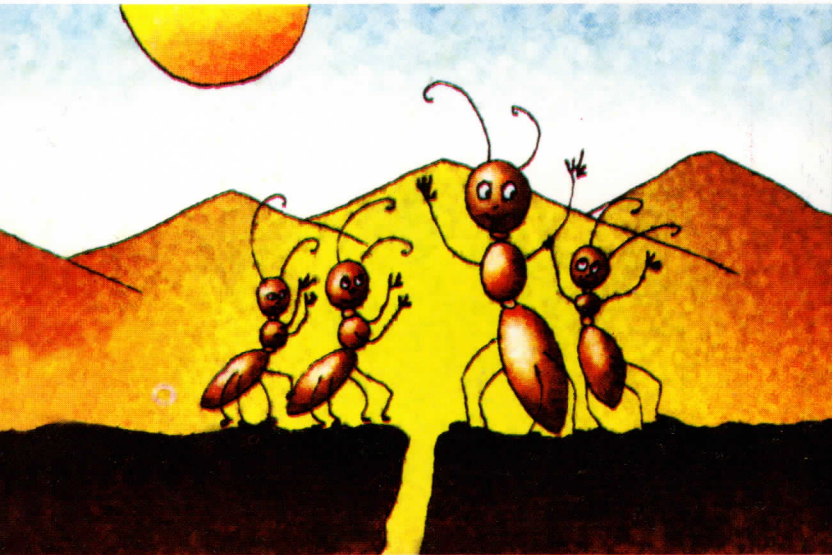
ISBN 956160353-5



9 789561 603530

41

Filiberta, la hormiga gigante



colección moby dick